

DEL SEÑOR

D. VENTURA RUIZ AGUILERA.

EN EL CEMENTERIO.—EPIGRAMAS.
Á ESPAÑA EN SUS DISCORDIAS CIVILES.—INTRODUCCION Á LA SÁTIRA
TITULADA «GRANDEZAS DE LOS PEQUEÑOS».
EL CÁNTARO ROTO.

EN EL CEMENTERIO.

Visité la necrópolis desierta
Cuando la luz postrera de la tarde,
La calma de los campos, la hora triste,
Dolorosos recuerdos, todo en ella
Brindaba á meditar; sólo el gorjeo
Dulce de un ruiseñor, que entre el follaje
De un árbol á cantar se deshacia,
El solemne silencio interrumpia.

¿Será verdad?..... Como impulsada corre
Por inflexible ley la fuente al rio,
Y el rio corre al mar, y en él se pierde,
Así la vida en rápida carrera
Va á la nada, al no sér, piélago inmenso,
Callado y tenebroso; nadie pudo
Arrancar á la esfinge, que ese abismo
Tiene á su entrada, la segura clave
Del enigma fatal; nada se sabe
De esa negra region; no ha vuelto un hombre
A decir á los otros: « Yo he gozado
» Nueva existencia de la tumba allende,
» Y la esperanza os traigo y el consuelo
» De la inmortalidad; isla invisible

» Es vuestro globo en el espacio, donde
» Hoy duerme la sedienta caravana
» Para marchar al porvenir mañana.»

¿Será verdad, ó creacion del miedo,
Que ese terrible sér, Dios ó la ciega
Materia bruta, inagotable origen
De cuanto puebla la extension, sus hijos,
Como Saturno, sin cesar devora,
Sordo al lamento universal?.....

Se hundieron

Entre el fragor de horrendas convulsiones,
Magníficas naciones
Que llenaron los siglos con su fama,
Y de su nombre ni memoria queda:
Babilonia y Persépolis murmuran
Aun el suyo, mas no con la palabra
De su grandeza y juventud caidas;
Con la voz de sus ruinas lastimera.
Hundióse la virtud y hundióse el vicio
Al golpe igual de inexorable fallo:
Sócrates y Focion, ¡romped la copa
De la amarga cicuta! estéril fuera
El sacrificio; en el ignoto imperio
De las sombras eternas no florece
El árbol de la vida; allí perece
Con la inocente víctima el verdugo;
Lucrecia con la impura Mesalina
En el abismo se sumerge, y cae
Con Espartaco el que azotó su rostro
Y lo amarraba á la servil coyunda.
Al mártir de la idea

¿De qué le servirán la generosa
Fe y ardimiento varonil, que espantan
Al injusto opresor? ¿De qué á la virgen
La gracia y castidad que la embellecen,
Ni su candor al niño?.....

El que los astros

Sembró en el infinito, como flores
Del jardin sideral, ó claras notas
Que en inefable y armonioso ritmo
Elevan nuestras almas,
¿Para qué los creó, si cuando suene
En el reloj del tiempo la hora suya,
De la órbita natal siendo proscritos,
Y errantes todos al acaso, espectros
De mundos apagados,
Tras sí no dejarán huella ni sombra?
¿Si una vez, pobres átomos perdidos
En la materia cósmica, no vuelven
Formas á dar y majestad completas
A la vida ulterior de otros planetas?
¿Para qué el pensamiento?..... Con él roba
Al cielo un rayo de su luz el hombre;
Con él, entre la noche en que se ágita,
Asciende por la escala misteriosa
Que lo invisible á descubrir le lleva;
Y cuando el premio á su ambicion aguarda
Este espíritu noble y valeroso:
«¡Inútil es tu afan!» cruel le grita
Una voz interior; y encadenado
A la roca fatal de su destino,
Infeliz Prometeo—por el crimen

De elevarse del polvo—eternamente,
Buitre implacable, bárbaro verdugo,
Su corazon devora, que renace
Una vez y otra al infernal suplicio,
Haciéndole dudar este tormento
Si es un dón ó un castigo el pensamiento.

Envuelta del crepúsculo en la bruma,
Álzase en el confin del horizonte
La ciudad de los vivos,
Cuyo rumor semeja al sordo y vago
De una colmena, ó de marinas olas
Que en la playa se estrellan:
Aquí, profunda calma;
El viento se ha dormido entre las flores;
Su copa hácia la tierra el sauce inclina
Como una frente pensativa, y canta
La única voz que me recuerda el sitio
Donde estoy de los hombres alejado
Y de mi soledad acompañado.

¡Oh, bendita la voz mil veces sea
Que de la tumba en el silencio se oye!
Revelacion quizás del gran misterio
Que el hombre anhela descubrir; la vida
En el fecundo seno de la muerte,
Que la mece cual madre cariñosa
Al fruto de su amor: así nacieron
Del lodo de pantano corrompido
Floreillas que al aire balancean
Sus corolas azules, y en el hueco
De poderosa frente
Que lo creado contener ansiaba,

—Del pensamiento alcázar soberano—
Hospédase la vida, siempre augusta,
Como ántes en el hombre, en el gusano.

Mentira es el no sér; cuna el sepulcro;
Nombre vano la muerte, dulce aurora
Que la conciencia universal presiente
De superior estado y claro día;
Pasa la forma, la sustancia queda,
Y en mano del artífice divino,
Que sábiamente la modela, cubre
La desnudez de nuevas creaciones.
Aquí su corazon, su fe, su ciencia,
Su gloria, su dolor, esa nostalgia
De un bien que disfrutó no sabe cuándo,
De una perdida patria, de otro mundo
Cuyo recuerdo vago en él existe,
Diciendo al hombre están: « Como el obrero
» De sus mejores galas se atavia
» Para acudir á la sonora fiesta,
» Despojado ya tú del mortal velo
» En este valle oscuro, cuando tocas
» En él tu breve término, otro paso
» El alma avanza, de esplendor vestida,
» Á la ciudad eterna de la vida. »

Mármoles, epitafios, sepulturas,
Negros crespones, fúnebres coronas,
Imponente silencio,
Si al sentido carnal destruccion sólo
Anunciándole estais, otro, impalpable,
El sentido interior, el verbo que habla
Á nuestro sér con luminoso acento;

Lince penetrador del hondo arcano;
Aguja siempre fiel, vuelta hácia el polo
Que al espíritu guía,
En más bellos y puros horizontes
Haciéndole pensar, viva mantiene
La esperanza de toda criatura
En bien supremo y perfeccion futura.
La ruina de las cosas
Es progreso, no fin; el polvo canta
El himno eterno de la eterna vida,
Transfigurado sin cesar;

le deben,
La luz, diafanidad; magia, el sonido;
Su púrpura el clavel, y su perfume;
La roca, sus cristales;
El cielo, sus auroras boreales;
Sus arenas la playa; el Chimborazo,
La enormidad de sus gigantes cimas.
Si ceno es hoy sin brillo,
Fulgurará mañana en el diamante
Ornato rico de nupcial corona;
Si pobre resto fué de un infusorio,
Nacerá despues sol, entre arreboles,
Al polvo unido ya de muertos soles.

Pues si á vida inmortal está llamado
Lo que no piensa ni ama,
¿ Habrá de perecer su rica esencia,
El espíritu activo que lo anima,
De lo creado la porcion más noble?
¿ Méenos que humo fugaz será la gloria?
¿ Méenos la gran tarea de la historia?

Esta labor pasmosa, el alma misma
Es de la humanidad; generaciones
Sin cuento, en largos siglos
Sublimándola fueron, y hoy más bella
Es que del mundo en los primeros dias;
Y en tanto, cada espíritu—ya roto
El lazo material que aquí lo ataba—
Subiendo va con vuelo interminable,
De una esfera á otra esfera,
Hasta alcanzar la dicha suspirada
Con duelo siempre y con afan ganada.

Su obra santa en la tierra es el progreso;
En ella el fundamento, en ella el gérmen
Está del hombre nuevo; la crearon
La inspiracion del vate y del artista;
El sabio, con la ciencia indagadora,
Que va de la verdad á la conquista;
El justo, con su ejemplo;
Con su pasion, el mártir: al pié de ella,
Para elevar la fábrica sublime,
Sangre sudó el esclavo, y de sus ojos
Lágrimas desprendiéronse á raudales:
Al pié de ella, sentado
Sobre hediondo muladar, mostraba
Job—la paciencia humana vencedora
Del dolor enemigo—su profunda
Miseria y llaga inmunda
Que á escarnio cruel y á compasion movia.
Sesostris, Tamerlan, Fidias, Esquilo,
Augusto, Cristo, Guttemberg, Cervántes,
Galileo, Colon, Fúlton, Daguerre;

Los unos, asolando
Con formidables huestes vengadoras
Grandes imperios corrompidos; otros,
Incendiando las almas con el fuego
De la palabra, que remueve el mundo
Por la virtud que le infundió la idea;
Éste, volviendo al mármol carne viva
Y voz dándole al par; aquél, pulsando
Entre laurel y palmas,
Rey de la escena, las dormidas almas,
Que á su poder fascinador responden
Como liras sonoras,
Con dulce llanto de íntima ternura,
Ó de la pena con el ¡ay! amargo.....
Todo, la idea, el hecho;
Lo que habla, lo que canta, lo que llora
De tierra, cielo y mar en las regiones;
La razon, el instinto, las pasiones
Que ennoblecen al sér ó lo degradan;
El errante cometa despeñado
De las celestes cumbres; la hoja seca
Que en su vértigo arrastra el viento airado,
Todo trabaja y cumple su destino
Como instrumento fiel del plan divino.

.
¡ Huye, pavor del ánima cobarde,
Amamantada en el estéril pecho
De loca vanidad ó de fe ciega!
Tú rebajas á Dios hasta tu propia
Mísera pequeñez, cuando lo finges,
Demente destruyendo la obra suya,

El limpio espejo en que su imágen santa
De toda eternidad se está mirando:
Aquí tambien nos la dejó esculpida;
Muéstrate, ¡oh corazon! sereno y fuerte,
Y hallarás la palabra de la vida
En el libro terrible de la muerte.